

GENTE DE MI LUGAR

Se levantaba a la salida del Sol.

Lentamente se acercaba a la cocina a leña, removía las cenizas y juntaba chalitas de eucaliptos y unos papeles con cuentas viejas, prendía el fósforo con su característico chasquido y el fuego se hacía cada vez más grande iluminando su cara arrugada.

En seguida agregaba agua a la pavita para que se caliente para los primeros mates del día.

Saboreando los amargos, mirando el piso limpio, empezaba a programar lo que iba a hacer durante el día.

Hoy, sí, hoy, tenía que ir al médico; sale a buscar el caballo de su sulky, lo prepara, entra a la casa a buscar la carterita con los pesitos que había ganado vendiendo huevos de gallina, plumas de ganso y unos arreglos de ropa y sale ligero, nerviosa, preocupada al médico del pueblo que poco conocía.

Al llegar al poblado, la reciben los perros del dueño del bar, pasa de largo y llega a la pequeña posta sanitaria. Sale una enfermera, la saluda y le dice que espere. El saludo fue apenas audible, cabizbaja se sienta frente al escritorio del doctor y empiezan las preguntas. Al finalizar, casi con alivio en su rostro, sale la doña, casi alegre, casi agradecida, silbando bajito, sube al sulky y pega la vuelta para el rancho.

En el viaje de vuelta ve el paisaje con otros ojos, con otra mirada, con otra emoción; el doctor le había dicho que sus análisis habían dado bien, que siga haciendo su vida como siempre.

Al llegar festejaría junto a sus fotos la alegría de vivir, de saber que por un tiempo más vivirá feliz, haciendo lo suyo en el campo, ese campo donde habían vivido sus padres y hermanos, y que ahora estaba sola.

El silencio del atardecer anuncia el final del día que tuvo miedo y que ahora espera el mañana, sólo el mañana.

PD: este relato es un fiel reflejo de la vida solitaria que llevan "los solos" en la inmensidad de La Pampa.

Beatriz Susana Horn

DNI 14.656.402